2.1. Evangelio de Nicodemo/Actas de Pilato/Descenso de Cristo a los infiernos

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Hacia el 130.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuente: Papiro de Akhmîm, en griego, probablemente de los siglos VIII/IX.

El título actual de este escrito, Evangelio de Nicodemo*, es tardío, medieval, y recubre la unión de dos obras anteriores. El título tiene su fundamento en la noticia ofrecida en el* Prólogo *a su parte primera* o Actas de Pilato. *La segunda parte, al carecer de título original, ha sido denominada* Descenso de Cristo a los infiernos. *De esta última se han transmitido dos recensiones, una griega y otra latina. Actores protagonistas del* Descenso *son dos hijos de Simeón, el anciano que tomó al niño Jesús en sus brazos (Lc 2, 25-32). Los textos griegos no mencionan sus nombres, que para la recensión latina se llamaban Carino y Leucio. Estos dos apelativos coinciden con el nombre compuesto de un personaje al que algunos Padres de la Iglesia atribuyen, tradicional, pero erróneamente, la composición de los* Hechos Apócrifos de los apóstoles.

Parece evidente la dependencia de estos textos del material de los evangelios canónicos, de los que toma el autor, o autores, desconocidos, los datos precisos para estructurar el relato. Por otra parte, algunos temas delatan un periodo anterior a las fuentes rabínicas que acusaban a Jesús de haber nacido de relaciones adulterinas. En las Actas de Pilato *2, 3, los judíos echan en cara a Jesús el haber venido al mundo como «fruto de fornicación».*

El Descenso a los infiernos *abunda en datos tomados de las historias del Antiguo*

Testamento. Personajes tan paradigmáticos como Adán, David, Isaías, Jeremías, etc., se presentan como difuntos que están en los infiernos esperando la llegada del Redentor. Aquí se narran las escenas finales de aquella parte de la vida de la humanidad antes de la venida de Jesús a la tierra con un cierto tono de tiempo real. Luego llega con su cruz el buen ladrón anunciando que detrás viene Jesús, y más tarde se amplifica la noticia de la resurrección de muchos justos, recogida por Mateo 27, 52-53. Entre otros, resucita el anciano Simeón con sus dos hijos, que son luego los relatores de los acontecimientos vividos en los infiernos.

* * *

PRIMERA PARTE

Actas de Pilato

(Redacción griega)

Memorias de nuestro señor Jesucristo, compuestas en tiempo de Poncio Pilato

Prólogo

Yo, Ananías, protector, del rango de los prefectos, legisperito, conocí a partir de las divinas Escrituras a nuestro Señor Jesucristo, a quien me acerqué por la fe y fui juzgado digno del santo bautismo. Después de rastrear los recuerdos de lo acaecido en aquel tiempo acerca de nuestro Señor Jesucristo y que los judíos depositaron en tiempo de Poncio Pilato, encontré tales recuerdos conservados en hebreo. Por la benevolencia divina los traduje al griego para conocimiento de todos los que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, en el año 17 del reinado de nuestro señor Flavio Teodosio, sexto de Flavio Valentino, en la indicción novena.

Todos cuantos los leéis y los trasladáis a otros libros, acordaos de mí y rezad por mí, para que Dios me sea propicio y me perdone los pecados que he cometido contra él.

Paz a los que los leen, a los que los escuchan y a sus servidores. Amén.

En el año decimoquinto del gobierno de Tiberio César, emperador de los romanos; en el año decimonono del gobierno de Herodes, rey de Galilea; en el día octavo de las calendas de abril, que es el 25 de marzo; en el consulado de Rufo y Rebelión; en el año cuarto de la olimpíada 202; siendo sumo sacerdote de los judíos José, hijo de Caifás. Todo cuanto narró Nicodemo después de la cruz y la pasión del Señor, se lo entregó a los príncipes de los sacerdotes y a los demás judíos. Lo redactó el mismo Nicodemo en hebreo.

Jesús ante el tribunal romano

1 1. Después de celebrar un consejo los príncipes de los sacerdotes y los escribas, Anás, Caifás, Semes, Dataés, Gamaliel, Judas, Leví, Neftalí, Alejandro, Jairo y los demás de entre los judíos, se dirigieron a Pilato acusando a Jesús de muchas maldades diciendo: «Sabemos que este es hijo de José el carpintero y que nació de María. Dice que es hijo de Dios y rey, también profana el sábado y pretende disolver la ley de nuestros padres».

Pilato les dice: «¿Qué es lo que hace y lo que pretende disolver?». Los judíos le contestan: «Tenemos una ley que prohíbe curar en sábado. Pues este ha curado en sábado con malas artes a cojos, jorobados, inválidos, ciegos, paralíticos, sordos y endemoniados». Pilato les pregunta: «¿Con qué malas artes?». Le responden: «Es un encantador y arroja los demonios por virtud de Beelzebul, jefe de los demonios, todos los cuales le están sometidos». Pilato les dice: «Esto no es expulsar los demonios por virtud de un espíritu impuro, sino por la del dios Esculapio».

2. Dicen los judíos a Pilato: «Rogamos a tu grandeza que sea presentado ante tu tribunal para ser juzgado». Pilato los convocó y les dijo: «Decidme cómo es posible que yo, siendo un gobernador, juzgue a un rey». Ellos le contestaron: «Nosotros no decimos que es rey, sino que él se lo llama a sí mismo». Pilato mandó llamar al mensajero y le dijo: «Que traigan a Jesús con todo respeto». Salió, pues, el mensajero y, reconociéndolo, lo adoró. Tomando la capa que llevaba en la mano, la extendió en tierra, diciendo: «Señor, pisa por aquí y entra, porque te llama el gobernador». Cuando vieron los judíos lo que había hecho el mensajero, gritaron contra Pilato, diciendo: «¿Por qué no lo has hecho entrar por medio de un heraldo, sino de un mensajero? Pues el mensajero, al verlo, lo adoró, y ha extendido su capa en tierra para que pasara por encima como si fuera un rey[520]».

3. Pilato volvió a llamar al mensajero y le dijo: «¿Por qué has hecho esto, has extendido tu capa en tierra y has hecho pasar sobre ella a Jesús?». El mensajero le contestó: «Señor gobernador, cuando me enviaste a Jerusalén ante Alejandro, vi a Jesús sentado sobre un asno, mientras los hijos de los hebreos portaban ramas en sus manos y gritaban, y otros extendían sus vestiduras en tierra diciendo: “Sálvanos[521], tú que estás en las alturas; bendito el que viene en el nombre del Señor”».

4. Los judíos se ponen a gritar diciendo al mensajero: «Los hijos de los hebreos gritaban en hebreo, ¿cómo tú lo expresas en griego?». El mensajero les respondió: «Pregunté a uno de los judíos, y le dije: “¿Qué es lo que gritan en hebreo?”. Y él me lo interpretó». Pilato les dice: «¿Qué es lo que gritaban en hebreo?». Los judíos respondieron: «Hosanna membromê; barujammâ; Adonay». Pilato les pregunta: «¿Y qué quiere decir *Hosanna* y las otras cosas?». Respondieron los judíos: «Sálvanos, tú que estás en las alturas; bendito el que viene en el nombre del Señor». Díceles Pilato: «Si vosotros mismos dais testimonio de que los niños dijeron estas palabras, ¿en qué ha fallado el mensajero?». Pero ellos guardaron silencio. Dijo entonces el gobernador al mensajero: «Sal y hazle entrar de la forma que quieras». Salió el mensajero y trató de que entrara como en la vez anterior. Dijo, pues, a Jesús: «Señor, entra, que el gobernador te llama».

5. Mientras entraba Jesús, y los abanderados sostenían las banderas, los bustos de las banderas se inclinaron y adoraron a Jesús. Al ver los judíos la actitud de las banderas y cómo se habían inclinado y adorado a Jesús, se pusieron a gritar desmesuradamente contra los abanderados. Pero Pilato dijo a los judíos: «¿No os admiráis de que los bustos se hayan inclinado y hayan adorado a Jesús?». Respondieron los judíos a Pilato: «Nosotros hemos visto cómo los abanderados los inclinaban y adoraban a Jesús». El gobernador llamó a los

abanderados y les dijo: «¿Por qué habéis hecho eso?». Ellos respondieron a Pilato: «Nosotros somos griegos y servidores de los dioses, ¿cómo podíamos adorar a este hombre? Pero mientras nosotros sosteníamos los bustos, se inclinaron ellos mismos y lo adoraron».

6. Dijo Pilato a los jefes de las sinagogas y a los ancianos del pueblo: «Elegid vosotros a hombres fuertes y robustos para que ellos sostengan las banderas. Veremos si ellas se inclinan por sí mismas». Tomaron, pues, los ancianos de los judíos a doce varones robustos y fuertes. Hicieron que seis a la vez sostuvieran las banderas. Se situaron delante del tribunal del gobernador. Dijo Pilato al mensajero: «Sácalo fuera del pretorio e introdúcelo de nuevo de la forma que quieras». Salió, pues, Jesús fuera del pretorio y el mensajero con él. Llamó Pilato a los que anteriormente sostenían los bustos y les dijo: «He jurado por la salud del César que si las banderas no se inclinan cuando entre Jesús, os cortaré la cabeza». Ordenó otra vez el gobernador que entrara Jesús. El mensajero observó la misma actitud que al principio y rogó insistentemente a Jesús que pisara por encima de su capa. Y entró caminando sobre ella. Cuando entraba, se inclinaron de nuevo las banderas y adoraron a Jesús.

Detalles del proceso

2 1. Cuando Pilato lo vio, se llenó de miedo y trataba de levantarse del tribunal. Pero mientras estaba pensándolo, su mujer le envió un recado diciendo: «Nada tengas que ver con este hombre justo, pues he padecido mucho por él esta noche[522]». Entonces Pilato llamó a todos los judíos y les dijo: «Sabéis que mi mujer es piadosa y sigue más bien las costumbres judías». Ellos replicaron: «Sí, lo sabemos». Pilato les dijo: «Pues mi mujer me ha enviado a decir que nada tenga que ver con este hombre justo, pues ha padecido por su causa esta noche». Respondiendo los judíos, dijeron a Pilato: «¿No te hemos dicho que es un encantador? Fíjate que ha enviado un sueño a tu mujer».

2. Pilato hizo entrar a Jesús y le dijo: «¿Qué testimonio dan estos contra ti? ¿No dices nada?». Pero Jesús contestó: «Si no tuvieran poder para hacerlo, no habrían hablado nada, pues cada uno tiene el dominio de su propia boca para hablar lo bueno y lo malo; ellos verán».

3. Respondiendo los ancianos de los judíos, dijeron a Jesús: «¿Qué es lo que vamos a ver? Primero, que has nacido como fruto de fornicación; segundo, que tu nacimiento en Belén provocó una matanza de niños; tercero, que tu padre José y tu madre María huyeron a Egipto por no tener libertad en el pueblo».

4. Dijeron algunos de los presentes, que eran judíos piadosos: «Nosotros afirmamos más bien que no ha nacido de fornicación, sino que José celebró desposorios con María, por lo que Jesús no nació de fornicación». Pilato dijo a los judíos que decían que era fruto de fornicación: «Esto que decís no es verdad, porque se celebraron los esponsales, según cuentan vuestros mismos compatriotas». Replicaron a Pilato Anás y Caifás: «Todos en el pueblo gritamos, pero no nos creen cuando decimos que nació de fornicación. Estos son prosélitos y discípulos suyos». Llamó entonces Pilato a Anás y Caifás y les preguntó:

«¿Qué quiere decir *prosélitos*?». Ellos respondieron: «Que nacieron de padres griegos, pero ahora se han hecho judíos». Dijeron los que afirmaban que no había nacido de fornicación: Lázaro, Asterio, Antonio, Santiago, Amnes, Zeras, Samuel, Isaac, Finees, Crispo, Agripa y Judas: «Nosotros no hemos sido prosélitos, sino que somos hijos de judíos y decimos la verdad. Además, estuvimos presentes en los desposorios de José y de María».

5. Pilato convocó a los doce hombres que decían que Jesús no había nacido de fornicación y les dijo: «Os conjuro por la salud del César que me digáis: ¿Es verdad lo que habéis dicho que no ha nacido de fornicación?». Respondieron a Pilato: «Nosotros tenemos una ley que nos prohíbe jurar, porque es un pecado. Que estos juren por la salud del César que no es verdad lo que hemos dicho, y somos reos de muerte». Dijo Pilato a Anás y Caifás: «¿Nada respondéis a estas cosas?». Respondieron Anás y Caifás a Pilato: «Estos doce están convencidos de que no ha nacido de fornicación, pero todos en el pueblo decimos a gritos que ha nacido de fornicación, que es un hechicero y se llama a sí mismo Hijo de Dios».

6. Ordenó Pilato que saliera toda la muchedumbre, excepto los doce que decían que no había nacido de fornicación, y mandó que Jesús fuera puesto aparte. Entonces les dijo Pilato: «¿Por qué razón quieren matarlo?». Ellos contestaron a Pilato: «Le tienen celos porque cura en sábado». Pilato replicó: «¿Por una obra buena quieren darle muerte?».

Pilato intenta librar a Jesús

3 1. Lleno de ira, salió Pilato fuera del pretorio y les dijo: «Pongo al sol por testigo de que no encuentro culpa alguna en este hombre». Respondieron los judíos y dijeron al gobernador: «Si este no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos entregado». Dijo Pilato: «Tomadlo vosotros y juzgadlo según vuestra ley». Los judíos dijeron a Pilato: «A nosotros no nos está permitido matar a nadie». Replicó Pilato: «A vosotros os prohibió Dios matar, pero ¿a mí?».

2. Volvió a entrar Pilato al pretorio, llamó a Jesús a solas y le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Jesús respondió a Pilato: «¿Dices esto por ti mismo o es que otros te lo han dicho de mí?». Pilato respondió a Jesús: «¿Soy yo acaso también judío? Tu pueblo y los príncipes de los sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?». Respondió Jesús: «Mi reino no es de este mundo, pues si de este mundo fuera mi reino, mis servidores lucharían para que no fuera entregado a los judíos. Pero ahora mi reino no es de aquí». Dijo Pilato: «¿Luego tú eres rey?». Le respondió Jesús: «Tú dices que yo soy rey; pues para esto he nacido y he venido, para que todo el que es de la verdad escuche mi voz». Pilato le dice: «¿Qué es la verdad?». Jesús le contesta: «La verdad viene del cielo». Pilato pregunta: «¿Es que sobre la tierra no hay verdad?». Jesús dice a Pilato: «Ya ves cómo los que dicen la verdad son juzgados por los que poseen el poder sobre la tierra».

4 1. Dejando a Jesús dentro del pretorio, salió Pilato al encuentro de los judíos y les dice: «Yo no encuentro en él culpa alguna». Los judíos le dicen: «Este ha dicho: “Puedo destruir este templo y en tres días volver a edificarlo”». Pregunta Pilato: «¿Qué

templo?». Responden los judíos: «El que edificó Salomón en cuarenta y seis años, este dice que lo va a destruir y edificar en tres días». Dice Pilato: «Soy inocente de la sangre de este hombre justo. Vosotros veréis». Dicen los judíos: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

2. Reuniendo Pilato a los ancianos, a los sacerdotes y a los levitas, les dijo en secreto: «No actuéis así, pues no le acusáis de nada que sea digno de muerte; ya que vuestra acusación se refiere a sus curaciones y a la profanación del sábado». Dicen los ancianos, los sacerdotes y los levitas a Pilato: «Si alguien blasfema contra el César, ¿es digno de muerte o no lo es?». Pilato dice: «Es digno de muerte». Replican los judíos a Pilato: «Si alguien que blasfema contra el César merece la muerte, este ha blasfemado contra Dios».

3. El gobernador mandó salir a los judíos fuera del pretorio, y llamando a Jesús le dice: «¿Qué voy a hacer contigo?». Jesús responde a Pilato: «Haz como se te ha dado». Pilato replica: «¿Cómo se me ha dado?». Responde Jesús: «Moisés y los profetas vaticinaron sobre mi muerte y mi resurrección». Los judíos y los que habían oído estas palabras preguntaron a Pilato: «¿Para qué tienes que seguir escuchando esta blasfemia?». Pilato dice a los judíos: «Si esto es una blasfemia, detenedlo vosotros como blasfemo, llevadlo a vuestra sinagoga y juzgadlo según vuestra ley». Dicen los judíos a Pilato: «Nuestra ley contiene esta norma: Si un hombre peca contra otro hombre, merece recibir cuarenta azotes menos uno; pero el que blasfema contra Dios ha de ser lapidado».

4. Pilato les dice: «Tomadlo vosotros y castigadlo del modo que queráis». Los judíos dicen a Pilato: «Nosotros queremos que sea crucificado». Pilato replica: «No merece ser crucificado».

5. Echando el gobernador una mirada sobre las turbas que estaban alrededor, al ver que muchos judíos lloraban, dice: «No toda la gente quiere que muera». Dicen los ancianos de los judíos: «Por eso hemos venido todos juntos, para que muera». Pilato pregunta a los judíos: «¿Por qué tiene que morir?». Los judíos responden: «Porque ha dicho que es Hijo de Dios y rey».

Nicodemo intercede por Jesús

5 1. Un cierto judío, de nombre Nicodemo, se puso delante del gobernador y le dijo: «Te ruego, hombre piadoso, que me permitas decir unas pocas palabras». Le dice Pilato: «Habla». Dice Nicodemo: «Yo hablé a los ancianos, a los sacerdotes, a los levitas y a toda la muchedumbre de los judíos en la sinagoga: “¿Qué estáis buscando hacer con este hombre? Este hombre hace muchos signos y prodigios, que ningún otro hizo ni podrá hacer. Dejadlo en paz y no queráis hacer nada malo contra él. Si los signos que hace vienen de Dios, permanecerán; pero si proceden de los hombres, se disiparán. Pues también Moisés, enviado por Dios a Egipto, hizo muchos signos que Dios le había indicado que hiciera delante del Faraón, rey de Egipto. Allí estaban también los servidores del Faraón, Jamnés y Jambrés, que hicieron también no pocos signos de los que hacía Moisés. Los egipcios consideraban dioses a Jamnés y Jambrés. Pero como los signos que hacían no venían de Dios, perecieron ellos y los que los creían. Y ahora dejad en paz a este

hombre, pues no merece la muerte”».

2. Entonces dicen los judíos a Nicodemo: «Tú te has hecho discípulo suyo, por eso defiendes su causa». Nicodemo les dice: «¿Acaso el gobernador también se ha hecho discípulo suyo y por eso habla a su favor? ¿No es el César el que lo ha puesto en esta dignidad?». Los judíos estaban encolerizados y rechinaban los dientes contra Nicodemo. Pilato les dice: «¿Por qué rechináis vuestros dientes contra él si habéis oído la verdad?». Dicen los judíos a Nicodemo: «Toma tú su verdad y su parte». Dice Nicodemo: «Amén, amén. La tomo como habéis dicho».

Testimonios a favor de Jesús

6 1. Uno de los judíos se adelantó y rogó al gobernador que le diera la palabra. El gobernador le dice: «Si quieres hablar, habla». El judío dijo: «Yo estuve treinta y ocho años tumbado en una litera en medio de grandes dolores. Cuando vino Jesús, muchos que estaban endemoniados y sometidos a diversas enfermedades fueron curados por él. Y unos jovencitos, compadeciéndose de mí, me transportaron con la litera y me llevaron hasta él. Al verme Jesús, tuvo compasión de mí y me dijo: “Toma tu camilla y camina”. Tomé mi camilla y me puse a caminar». Dicen los judíos a Pilato: «Pregúntale qué día era cuando fue curado». Dice el que había sido curado: «Era sábado». Replican los judíos: «¿Acaso no te habíamos informado de que en sábado cura y expulsa demonios?».

2. Otro judío, adelantándose, dice: «Yo nací ciego, oía voces, pero no veía a las personas. Una vez que pasaba Jesús, me puse a gritar a grandes voces: “Ten piedad de mí, hijo de David”. Se compadeció de mí, puso sus manos sobre mis ojos y al momento recuperé la vista». Otro judío dio un paso adelante y dijo: «Estaba encorvado, y él me enderezó con su palabra». Otro dijo: «Contraje la lepra, y él me curó con una palabra».

7 Una mujer, de nombre Berenice, dijo a gritos: «Padecía flujo de sangre, toqué la orla de su manto y se detuvo la hemorragia, que duraba ya doce años». Dicen los judíos: «Tenemos una ley que prohíbe presentar a una mujer como testigo».

8 Algunos otros, cantidad de varones y mujeres, gritaban diciendo: «Este hombres es un profeta, y los demonios le están sometidos». Dice Pilato a los que afirmaban que los demonios se le someten: «¿Por qué no se le han sometido también vuestros maestros?». Responden a Pilato: «No lo sabemos». Otros dijeron que había resucitado al difunto Lázaro, que llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Lleno de temor, el gobernador dijo a toda la muchedumbre de los judíos: «¿Por qué queréis derramar sangre inocente?».

Jesús condenado a muerte

9 1. Llamando a Nicodemo y a los doce que afirmaban que no había nacido de fornicación, les dice: «¿Qué puedo hacer, pues se está levantando un tumulto en el pueblo?». Ellos le contestan: «No sabemos; ellos verán». Convocó de nuevo Pilato a toda la multitud de los judíos y les dice: «Sabéis que es costumbre que se os libere a un preso por la fiesta de los Ácimos. Tengo preso y condenado en la cárcel a un asesino llamado Barrabás, y tengo también a este Jesús que está delante de vosotros, contra quien no

encuentro culpa alguna. ¿A quién queréis que os suelte?». Pero ellos gritaron: «¡A Barrabás!». Les dice Pilato: «¿Qué haré, pues, con Jesús, el llamado Cristo?». Dicen los judíos: «¡Sea crucificado!». Pero algunos judíos respondieron: «No eres amigo del César si sueltas a este, pues ha dicho que es Hijo de Dios y rey. ¿Quieres a este como rey y no al César?».

2. Encolerizado, Pilato dice a los judíos: «Vuestra raza es siempre pendenciera y os oponéis a vuestros bienhechores». Dicen los judíos: «¿A qué bienhechores?». Replica Pilato: «Vuestro Dios os sacó de Egipto de una dura servidumbre, os salvó cuando ibais a través del mar como si fuerais por tierra seca, os alimentó en el desierto con maná, os proporcionó codornices, os dio de beber agua sacada de una roca y os dio una ley. A pesar de todo, irritasteis a vuestro Dios, os buscasteis un becerro fundido, exasperasteis a vuestro Dios, y él trató de exterminaros. Pero Moisés intercedió por vosotros, y no fuisteis castigados con la muerte. Y ahora me acusáis de que odio al emperador».

3. Al levantarse para salir del tribunal, empiezan los judíos a gritar diciendo: «Nosotros reconocemos como rey al César y no a Jesús. Pues hasta los magos le trajeron de Oriente dones como a un rey. Cuando Herodes oyó de los magos que había nacido un rey, intentó darle muerte. Pero al saberlo su padre José, lo tomó junto con su madre y huyeron a Egipto. Cuando Herodes se enteró, exterminó a los hijos de los hebreos que habían nacido en Belén».

4. Cuando oyó Pilato estas palabras, se llenó de temor. Y haciendo callar a las turbas, porque estaban gritando, les dice: «¿De modo que este es aquel al que Herodes buscaba?». Dicen los judíos: «Sí, es este». Entonces Pilato, tomando agua se lavó las manos de cara al sol, diciendo: «Inocente soy de la sangre de este justo; allá vosotros». De nuevo empiezan a gritar los judíos: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!».

5. Entonces ordenó Pilato que fuera echado el velo del tribunal donde estaba sentado, y dice a Jesús: «Tu raza te ha rechazado como rey. Por eso, he decidido que en primer lugar seas azotado según la costumbre de los reyes piadosos, y luego seas colgado en la cruz en el jardín donde fuiste apresado; y que los dos malhechores, Dimas y Gestas, sean crucificados juntamente contigo».

Crucifixión y muerte

10 1. Salió Jesús del pretorio, y los dos malhechores con él. Cuando llegaron al lugar acordado, lo desnudaron de sus vestidos y le ciñeron un lienzo a la cintura; le colocaron alrededor de la cabeza una corona de espinas. De manera semejante colgaron a los dos malhechores. Jesús decía: «Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen». Los soldados se repartieron sus vestiduras mientras el pueblo estaba mirando. Los príncipes de los sacerdotes y las autoridades que estaban con ellos se burlaban de él diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo. Si este es Hijo de Dios, que baje de la cruz». Los soldados se burlaban de él acercándose y llevándole vinagre con hiel, diciendo: «Tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Después de la sentencia, ordenó que se escribiera como título su acusación con letras griegas, latinas y hebreas

según lo que habían dicho los judíos que «Es rey de los judíos».

2. Uno de los malhechores colgados le habló diciendo: «Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero respondiendo Dimas, lo reprendía diciendo: «¿Nada temes a Dios cuando estás en el mismo suplicio? Nosotros estamos con razón, pues recibimos lo que merecen nuestras obras; pero este no ha hecho mal alguno». Y decía: «Acuérdate, Señor, de mí cuando estés en tu reino». Jesús le dijo: «En verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso».

11 1. Era como la hora de sexta cuando las tinieblas cayeron sobre la tierra hasta la hora de nona al haberse oscurecido el sol; la cortina del Templo se rasgó por la mitad. Jesús, dando una gran voz, dijo: «Padre, *baddakh efkid ruel*», que quiere decir: «En tus manos encomiendo mi espíritu». Dicho esto, entregó su espíritu. Cuando vio el centurión lo que había sucedido, dio gloria a Dios, diciendo: «Este hombre era justo». Todas las turbas que habían ido al espectáculo, al ver lo sucedido, regresaban dándose golpes de pecho.

2. El centurión dio parte al gobernador de lo sucedido. Cuando lo oyeron el gobernador y su mujer, se entristecieron mucho y no comieron ni bebieron nada en aquel día. Pilato hizo llamar a los judíos y les dijo: «¿Habéis visto lo que ha sucedido?». Pero ellos respondieron: «Ha habido un eclipse de sol como de costumbre».

3. Estaban de lejos sus conocidos; y las mujeres que le habían seguido desde Galilea contemplaban los hechos. Un hombre, llamado José, que era sanedrita, de la ciudad de Arimatea, y que esperaba el reino de Dios, se acercó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Lo bajó, pues, y lo envolvió en una sábana limpia, y lo colocó en un sepulcro excavado en piedra, en el que nadie había sido depositado todavía.

José de Arimatea, preso y liberado

12 1. Cuando oyeron los judíos que José había pedido el cuerpo de Jesús, se pusieron a buscarlo, y a los doce que afirmaban que Jesús no había nacido de fornicación, y también a Nicodemo y a otros muchos, que se habían presentado ante Pilato y habían manifestado las buenas obras de Jesús. Cuando todos se habían escondido, apareció entre ellos Nicodemo solo, porque era un varón importante del pueblo judío. Les dice Nicodemo: «¿Cómo habéis entrado en la sinagoga?». Los judíos le contestan: «¿Y cómo has entrado tú en la sinagoga? Como eres su cómplice, que tengas también parte con él en el siglo venidero». Nicodemo dijo: «Así sea, así sea».

De semejante manera se presentó también José, que les dijo: «¿Por qué razón os habéis molestado contra mí porque reclamé el cuerpo de Jesús? Fijaos que lo he depositado en mi sepulcro nuevo después de haberlo envuelto en una sábana limpia; y he hecho rodar una piedra sobre la entrada de la cueva. Vosotros no os habéis portado bien con este justo, porque no os habéis arrepentido de haberlo crucificado, sino que también lo habéis herido con una lanza». Los judíos detuvieron a José y ordenaron tenerlo encerrado hasta el primer día después del sábado. Le dicen, pues: «Has de saber que la hora no permite que hagamos nada contra ti, porque ya el sábado amanece. Pero conoce que ni siquiera serás

considerado digno de recibir sepultura, sino que daremos tus carnes a las aves del cielo». Responde José: «Estas palabras son propias del orgulloso Goliat, el que injurió al Dios vivo y al santo David. Pues dijo Dios por el profeta: “A mí me corresponde la venganza, y yo soy el que retribuiré”, dice el Señor. Y ahora el que es incircunciso en la carne, pero circunciso de corazón, tomando agua se lavó las manos de cara al sol diciendo: “Yo soy inocente de la sangre de este justo, allá vosotros”. Y vosotros respondisteis a Pilato, diciendo: “[Caiga] su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos”. Ahora temo que venga la ira del Señor sobre vosotros y sobre vuestros hijos, como dijisteis». Cuando los judíos oyeron estas palabras, se llenó de amargura su alma, y echando mano de José lo apresaron y lo encerraron en una casa donde no había ventana alguna. Pusieron a la puerta guardianes y sellaron la puerta donde estaba encerrado José.

2. El sábado decretaron los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas que todos se encontraran al día siguiente en la sinagoga. Se levantaron muy de mañana todos los de la multitud y se pusieron a deliberar en la sinagoga con qué género de muerte lo eliminarían. Reunido en sesión el sanedrín, ordenaron que fuera llevado con gran deshonor. Pero abriendo la puerta, no lo encontraron dentro. Quedó todo el pueblo fuera de sí, y se llenaron de estupefacción porque habían encontrado los sellos intactos y la llave la tenía Caifás. Y ya no se atrevieron a poner sus manos sobre los que habían hablado a favor de Jesús delante de Pilato.

Noticias de la resurrección

13 1. Cuando todavía estaban sentados en la sinagoga, admirados por causa de José, vinieron algunos de los guardianes que los judíos habían pedido a Pilato para que guardaran la tumba de Jesús no fuera que vinieran sus discípulos y robaran su cuerpo. Llegaron, pues, anunciando a los jefes de las sinagogas, a los sacerdotes y a los levitas lo sucedido. Es decir, cómo «se produjo un gran terremoto, y vimos a un ángel que bajó del cielo, retiró la piedra de la entrada de la cueva y se sentó encima de ella. Brilló como la nieve y como el relámpago. Nosotros, llenos de miedo, caímos en tierra como muertos. Y oímos la voz del ángel quien hablaba a las mujeres, que permanecían junto a la tumba: “No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí; ha resucitado como dijo. Venid, ved el lugar donde yacía el Señor. Id rápidamente y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos y que está en Galilea”».

2. Los judíos les preguntan: «¿A qué mujeres hablaba?». Responden los guardianes: «No sabemos quiénes eran». Dicen los judíos: «¿Qué hora era?». Dicen los de la guardia: «La medianoche». Insisten los judíos: «¿Y por qué no las detuvisteis?». Dicen los guardianes: «Nos quedamos como muertos por el miedo, no esperando que pudiéramos ver la luz del día, ¿cómo íbamos a poder detenerlas?». Dicen los judíos: «Vive el Señor, que no os creemos». Dicen los guardianes a los judíos: «Visteis tan grandes signos en aquel hombre y no lo creísteis, ¿cómo nos vais a creer a nosotros? Con razón jurasteis que vive el Señor, pues aquel también vive». De nuevo dicen los de la guardia: «Nosotros hemos oído que al que reclamó el cuerpo de Jesús lo encerrasteis sellando la puerta, pero que al abrirla no lo habéis encontrado. Entregad, pues, vosotros a José, y nosotros

entregaremos a Jesús». Dicen los judíos: «José se ha ido a su ciudad». Dicen los guardianes a los judíos: «También Jesús ha resucitado, según hemos oído decir al ángel, y está en Galilea».

3. Cuando los judíos oyeron estas palabras, tuvieron miedo y dijeron: «Que no se conozca este anuncio, no sea que todos se pasen a Jesús». Y convocando un consejo los judíos, recogían dinero abundante que dieron a los soldados, diciendo: «Decid: "Mientras nosotros estábamos dormidos, vinieron sus discípulos de noche y robaron su cuerpo". Si el gobernador llegara a enterarse, nosotros lo convenceremos y os dejaremos libres de problemas». Ellos tomaron el dinero y hablaron como se les había indicado.

Testigos de la ascensión de Jesús al cielo

14 1. Un sacerdote de nombre Finees, un rabino llamado Adás y el levita Ageo bajaron desde Galilea a Jerusalén y narraron a los jefes de las sinagogas, a los sacerotes y a los levitas lo siguiente: «Hemos visto a Jesús acompañado de sus discípulos, sentado en el monte Mamilkh; y decía a sus discípulos: "Id a todo el mundo, predicad a toda criatura. El que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, se condenará. A los creyentes los acompañarán estas señales: en mi nombre arrojarán demonios, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes; si toman alguna bebida mortal, no sufrirán ningún daño; impondrán las manos sobre enfermos y se sentirán bien[523]". Cuando todavía estaba hablando Jesús a sus discípulos, vimos que fue elevado al cielo».

2. Dicen los ancianos, los sacerdotes y los levitas: «Dad gloria al Dios de Israel y reconocedlo si es que habéis oído y visto lo que habéis contado». Dicen los que habían hablado: «Vive el Señor Dios de nuestros padres, Abrahán, Isaac y Jacob que hemos oído estas cosas y que lo hemos visto cuando era elevado al cielo». Dicen los ancianos, los sacerdotes y los levitas: «¿Habéis venido para anunciarnos esto o para cumplir un voto hecho a Dios?». Ellos dijeron: «A cumplir un voto hecho a Dios». Les dijeron los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los levitas: «Si habéis venido para cumplir un voto hecho a Dios, ¿a qué vienen esas tonterías que habéis contado delante de todo el pueblo?». Dicen el sacerdote Finees, el rabino Adás y el levita Ageo a los jefes de las sinagogas, a los sacerdotes y a los levitas: «Si estas palabras que hemos hablado y lo que hemos visto son un error, aquí estamos ante vosotros. Haced con nosotros lo que os parezca bien a vuestros ojos». Tomaron entonces el libro de la Ley y les hicieron jurar que a nadie contarían aquellos sucesos. Les pusieron de comer y de beber y les hicieron salir de la ciudad después de darles dinero y poner tres hombres a su disposición, que los acompañaron hasta Galilea. Y marcharon en paz.

3. Cuando marcharon aquellos hombres a Galilea, se reunieron los príncipes de los sacerdotes, los jefes de las sinagogas y los ancianos en la sinagoga a puerta cerrada. Se lamentaban con grandes lamentaciones diciendo: «¿Se ha producido este prodigio en Israel?». Anás y Caifás dijeron: «¿Por qué os escandalizáis? ¿Por qué lloráis? ¿No sabéis acaso que sus discípulos les han dado abundante dinero y les han instruido para que digan que un ángel del Señor bajó y corrió la piedra de la entrada del sepulcro?». Los sacerdotes

y los ancianos respondieron: «Pase que sus discípulos robaran el cuerpo, pero ¿cómo es que el alma entró en el cuerpo y ahora vive él en Galilea?». Pero ellos, al no poder dar respuesta a estos argumentos, apenas pudieron decir: «No nos está permitido creer a unos incircuncisos».

Milagrosa liberación de José de Arimatea

15 1. Entonces se levantó Nicodemo y se puso en pie delante del sanedrín diciendo: «Habláis con razón. Conocéis, pueblo del Señor, a los varones que han bajado de Galilea. Son temerosos de Dios, con abundancia de recursos, enemigos de la codicia, hombres de paz. Han contado bajo juramento: "Hemos visto a Jesús en el monte Mamilkh en compañía de sus discípulos". Y enseñaba cuantas cosas les habéis oído contar y que lo habían visto ser trasportado al cielo. Pero nadie les preguntó con qué aspecto había sido trasportado. Pues según nos enseñaba a nosotros, el libro de las Santas Escrituras contenía el relato de que Elías había sido elevado al cielo, y que Eliseo lo había llamado a grandes voces. Por ello Elías arrojó su capa sobre el Jordán, y así Eliseo pudo atravesarlo y llegar hasta Jericó. Salieron a su encuentro los hijos de los profetas, que le dijeron: "Eliseo, ¿dónde está Elías, tu señor?". Él contestó que había sido trasportado al cielo. Dijeron luego a Eliseo: "¿Acaso no lo ha arrebatado un espíritu y lo ha arrojado sobre uno de estos montes? Tomemos con nosotros a nuestros criados y vayamos a buscarlo". Convencieron a Eliseo, quien marchó con ellos. Lo buscaron durante tres días, pero no lo encontraron, por lo que reconocieron que había sido trasportado. Y ahora, escuchadme: enviemos mensajeros por todo Israel y veamos si Cristo ha sido llevado por un espíritu y arrojado en uno de los montes». Agradó a todos aquella propuesta, y enviaron mensajeros por todos los rincones de Israel para que buscaran a Jesús, pero no lo encontraron. Encontraron, en cambio, a José de Arimatea, pero nadie se atrevió a detenerlo.

2. Llevaron el anuncio a los ancianos, a los sacerdotes y a los levitas, diciendo: «Hemos recorrido todos los rincones de Israel, pero no hemos encontrado a Jesús; en cambio, hemos encontrado a José de Arimatea». Cuando oyeron hablar de José, se alegraron y dieron gloria al Dios de Israel. Celebraron consejo los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas para deliberar de qué manera podrían encontrarse con José. Tomaron papel y escribieron a José en estos términos: «La paz sea contigo; sabemos que hemos pecado contra Dios y contra ti. Hemos rogado al Dios de Israel que te considere digno de venir junto a tus padres y tus hijos, porque todos nos hemos entristecido al abrir la puerta y no encontrarte. Somos conscientes de que tomamos un mal consejo contra ti. Pero el Señor te ha protegido, y el mismo Señor disolvió el consejo que tomamos contra ti, apreciado padre José».

3. Eligieron, pues, de todo Israel a siete varones, amigos de José, a quienes el mismo José conocía. Los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas les dijeron: «Mirad: Si al recibir nuestra carta la leyera, estad seguros de que vendrá a nosotros en vuestra compañía; pero si no la leyera, sabed que está molesto con nosotros, dadle un saludo de paz y regresad a nosotros». Dieron su bendición a los enviados y los despidieron. Llegaron aquellos hombres a donde estaba José, se postraron ante él y le dijeron: «La paz sea

contigo». Respondió: «Paz a vosotros y a todo el pueblo de Israel». Le entregaron la copia de la carta. Cuando José recibió la carta, la leyó, la besó y bendijo a Dios, diciendo: «Bendito sea el Señor Dios, que libró a Israel de derramar sangre inocente; y bendito el Señor que ha enviado a su ángel y me ha cubierto bajo sus alas». A continuación, les preparó la mesa, y comieron, bebieron y durmieron allí.

4. Se levantaron muy temprano e hicieron oración. Luego, José ensilló su asna, se puso en camino con aquellos hombres y llegaron a la ciudad santa de Jerusalén. El pueblo entero salió al encuentro de José, gritando: «¡Que entres en paz!». Dijo a todo el pueblo: «¡Paz a vosotros!». Todo el pueblo lo besó. Rezaron el pueblo y José, y quedaron todos fuera de sí al verlo. Nicodemo lo recibió en su casa y le hizo una gran recepción. Invitó también a Anás, a Caifás, a los ancianos, a los sacerdotes y a los levitas a su casa. Se regocijaron comiendo y bebiendo en compañía de José. Y después de entonar el himno, cada cual se marchó a su casa. Pero José permaneció en casa de Nicodemo.

5. Al día siguiente, que era viernes, madrugaron los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas para ir a la casa de Nicodemo. Les salió este al encuentro y les dijo: «La paz sea con vosotros». Ellos le contestaron: «La paz sea contigo y con José, con toda tu casa y con toda la casa de José». Y los introdujo en su casa. Estaba reunido todo el sanedrín; José se sentó entre Anás y Caifás. Nadie se atrevió a hablarle ni una palabra. Dijo, pues, José: «¿Por qué razón me habéis llamado?». Hicieron señas a Nicodemo para que hablara a José. Nicodemo empezó a hablar, y dijo a José: «Sabes que los honorables rabinos, los sacerdotes y los levitas tratan de conocer por ti un asunto». José les dijo: «Preguntad». Entonces Anás y Caifás tomaron el libro de la Ley y conjuraron a José, diciendo: «Da gloria al Dios de Israel y reconócelo. Porque Akhar, conjurado por el profeta Jesús, no cometió perjurio, sino que le anunció todo y no le ocultó ni una palabra. Pues tú ahora no nos ocultes nada». Replicó José: «No os ocultaré una sola palabra». Entonces le dijeron: «Tuvimos una gran tristeza cuando reclamaste el cuerpo de Jesús, lo envolviste en una sábana limpia y lo depositaste en el sepulcro. Por esta razón, te dejamos con todas las garantías en una casa donde no había ni una ventana, cerramos con llave y sellamos las puertas, y unos guardianes custodiaban el lugar donde estabas encerrado. El primer día después del sábado, cuando abrimos, no te encontramos, por lo que nos entristecimos muchísimo. Todo el pueblo del Señor quedó fuera de sí hasta ayer. Cuéntanos, pues, ahora qué pasó contigo».

6. Respondió José: «El viernes, hacia la hora décima, me encerrasteis, y allí permanecí el sábado entero. Hacia medianoche, cuando yo estaba en oración, la casa donde me encerrasteis fue suspendida de los cuatro ángulos, y vi un relámpago de luz que entró en mis ojos. Lleno de miedo, caí en tierra, y alguien me tomó de la mano y me sacó fuera del lugar donde estaba caído. Una humedad como de agua se derramó sobre mí desde la cabeza a los pies, y un olor de perfume me llegó a las narices. Aquel personaje me enjugó el rostro, me besó y me dijo: “No temas, José; abre tus ojos y mira quién está hablando contigo”. Levantando los ojos, vi a Jesús; y temblando, pensaba que era un fantasma. Empecé a recitar los mandamientos, y él los repetía conmigo. Como sabéis, si un fantasma

sale al encuentro de alguien y oye recitar los mandamientos, huye inmediatamente. Pero al ver que los recitaba conmigo, le dije: "Maestro Elías". Él me dijo: "No soy Elías". Yo le pregunté: "¿Quién eres, Señor?". Me dijo: "Yo soy Jesús, cuyo cuerpo reclamaste de Pilato, me envolviste en una sábana limpia, me pusiste un sudario sobre el rostro, me colocaste en tu nueva gruta y rodaste una gran piedra ante la puerta de la gruta". Yo dije al que me hablaba: "Muéstrame el lugar donde te deposité". Me llevó y me mostró el lugar donde lo había depositado. Allí se encontraba la sábana y el sudario que había estado sobre su rostro. Entonces reconocí que era Jesús. Él me tomó de la mano y, siguiendo cerradas las puertas, me colocó en medio de mi casa; me llevó al lecho y me dijo: "La paz sea contigo". Me besó y me dijo: "No salgas de tu casa hasta dentro de cuarenta días; pues mira, me marcho a Galilea junto a mis hermanos"».

Nuevos relatos de la resurrección y la ascensión

16 1. Cuando escucharon los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas estos relatos de parte de José, se quedaron como muertos, cayeron en tierra y ayunaron hasta la hora de nona. Nicodemo y José trataron de consolar a los sacerdotes Anás y Caifás y a los levitas, diciendo: «Levantaos, poneos de pie, fortaleced vuestras almas, porque mañana es el sábado del Señor». Se levantaron y oraron a Dios, comieron y bebieron, y marchó cada uno a su casa.

2. El día del sábado celebraron consejo nuestros maestros, los sacerdotes y los levitas, deliberando en común y diciendo: «¿Qué significa esta cólera que ha caído sobre nosotros? Porque conocemos a su padre y a su madre». Respondió el rabino Leví: «Sé que sus padres son temerosos de Dios, no descuidan sus votos y dan sus diezmos tres veces al año. Cuando nació Jesús, lo trajeron sus padres a este lugar y ofrecieron a Dios sacrificios y holocaustos. Cuando el gran maestro Simeón lo tomó en sus brazos, dijo: "Ahora despides en paz, Señor, a tu siervo según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación, que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para la revelación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel". Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: "Te anuncio noticias sobre este niño". Dijo María: "¿Buenas, Señor?". Simeón contestó: "Buenas: este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel y para signo de contradicción. Una espada traspasará tu alma para que sean desvelados los pensamientos de muchos corazones"» (Lc 2, 34-35).

3. Dicen al rabino Leví: «¿Y esto, cómo lo sabes?». Leví les contestó: «¿No sabéis que aprendí la Ley a su lado?». Los sanedritas le dicen: «Queremos ver a tu padre». Y mandaron venir a su padre. Cuando le preguntaron, les respondió: «¿Por qué no creéis a mi hijo? El bienaventurado y justo Simeón le enseñó él mismo la Ley». Dijeron los sanedritas: «Maestro Leví, ¿es verdad lo que has contado?». Respondió: «Es verdad». Dijeron entre sí los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas: «Venid, enviemos a Galilea en busca de los tres varones, que vinieron y nos contaron de su doctrina y de su ascensión, y que nos digan cómo lo vieron cuando era elevado al cielo». Esta propuesta fue del agrado de todos. Enviaron a los tres varones, que ya habían ido con ellos a Galilea, y les dijeron: «Decid al rabino Adá, al rabino Finees y al rabino Ageo: "Paz a vosotros y a

todos los que están con vosotros. Provocada una gran disputa en el sanedrín, hemos sido enviados a vosotros para invitaros a venir a este santo lugar de Jerusalén"».

4. Marcharon aquellos hombres camino de Galilea, y los encontraron reunidos y meditando la Ley. Los saludaron con la paz y dijeron los varones que estaban en Galilea a los que habían venido a buscarlos: «La paz sobre todo Israel». Contestaron: «La paz sea con vosotros». De nuevo les dijeron: «¿Por qué razón habéis venido?». Respondieron los emisarios: «Os llama el sanedrín a la ciudad santa de Jerusalén». Al oír aquellos hombres que eran requeridos por el sanedrín, oraron a Dios, se reclinaron a la mesa con los emisarios, comieron y bebieron. Luego se levantaron y marcharon en paz a Jerusalén.

5. Al día siguiente, se reunió el sanedrín en la sinagoga y les preguntaron diciendo: «¿Habéis visto realmente a Jesús sentado en el monte Mamilkh mientras enseñaba a sus once discípulos, y habéis visto cómo era ascendido al cielo?». Aquellos hombres respondieron, diciendo: «Como vimos que era ascendido, así os lo hemos contado».

6. Dice entonces Anás: «Ponedlos por separado, y veamos si coincide su relato». Y los pusieron por separado. Llaman en primer lugar a Adá y le dicen: «¿Cómo viste que Jesús era ascendido?». Dice Adá: «Cuando todavía estaba sentado en el monte Mamilkh y enseñaba a sus discípulos, vimos una nube que lo cubrió con su sombra a él y a sus discípulos, lo levantó la nube hasta el cielo mientras sus discípulos permanecían rostro en tierra». Llaman entonces al sacerdote Finees y le hacen la misma pregunta, diciendo: «¿Cómo viste tú que Jesús era ascendido?». Y respondió de la misma manera. Interrogaron luego a Ageo, quien también respondió de la misma manera. Dijeron los sanedritas: «La ley de Moisés contiene la siguiente doctrina: "Por boca de dos o tres testigos será firme toda palabra[524]"». Dice el maestro Buthem: «Está escrito en la Ley: "Caminaba Henoc con Dios, y ya no está, porque se lo llevó Dios"» (Gn 5, 22). Dijo también el maestro Jairo: «También hemos oído de la muerte de Moisés, pero a él no lo hemos visto, pues está escrito en la ley del Señor: "Murió Moisés según la palabra del Señor, y nadie ha conocido su sepultura hasta el día de hoy"». Dijo el rabino Leví: «¿Cómo es lo que el rabino Simeón dijo cuando vio a Jesús?: "He aquí que este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel, y como signo de contradicción[525]"». El rabino Isaac dijo: «Está escrito en la Ley: "Mirad que yo envío a mi ángel delante de tu rostro, quien irá delante de ti para guardarte en todo buen camino, en el que es invocado mi nombre[526]"».

7. Entonces Anás y Caifás dijeron: «Con razón habéis mencionado lo escrito en la ley de Moisés: que nadie vio la muerte de Henoc, y nadie habló de la muerte de Moisés. Jesús dirigió la palabra a Pilato, pero nosotros sabemos que recibió bofetadas y salivazos en la cara; que los soldados le impusieron una corona de espinas; que fue flagelado; que recibió sentencia de Pilato; que fue crucificado sobre el Calvario junto con dos ladrones; que le dieron a beber vinagre con hiel; que el soldado Longino le atravesó el costado con una lanza; que José, nuestro honorable padre, reclamó su cuerpo, y que resucitó, como asegura; y que, como dicen los tres maestros: "Lo vimos que era ascendido al cielo"; en fin, que el rabino Leví ha dado testimonio contando lo que dijo el rabino Simeón: "He

aquí que este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel, y como signo de contradicción”».

Entonces dijeron todos los maestros al pueblo entero del Señor: «Si esto procede del Señor y resulta admirable a nuestros ojos, conoceréis con seguridad, hombres de la casa de Jacob, que está escrito: “Maldito todo el que está colgado de un madero” (Dt 21, 23). Y otro pasaje de la Escritura afirma: “Los dioses que no hicieron el cielo y la tierra perecerán”».

Dijeron los sacerdotes y los levitas entre sí: «Si hasta Sommos, llamado Yobel, se ha conservado su memoria, sabed que dominará eternamente y se creará un pueblo nuevo».

Entonces los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas dieron este anuncio a todo Israel: «Maldito sea el que adore una obra salida de la mano de un hombre, y maldito el que adore a criaturas al lado de su Creador». Dijo todo el pueblo: «¡Así sea, así sea!».

8. Todo el pueblo cantó un himno al Señor en estos términos: «Bendito sea el Señor que ha dado el descanso al pueblo de Israel de acuerdo con todo lo que había hablado. No cayó en vano ni una sola de las palabras buenas que habló a Moisés, su siervo. Que el Señor, nuestro Dios, esté con nosotros como estuvo con nuestros padres. No nos abandone a la perdición para que podamos inclinar nuestro corazón hacia él y caminar por todos sus caminos; para que podamos cumplir sus mandamientos y sus juicios que encomendó a nuestros padres. En aquel día el Señor será rey sobre toda la tierra. Y habrá un solo Señor; su nombre será único, Señor rey nuestro. Él nos salvará. No hay nadie semejante a ti, Señor; tú eres grande, Señor, y grande es tu nombre. Por tu poder cúranos, Señor, y quedaremos curados; sálvanos, Señor, y quedaremos salvados; porque somos tu parte y tu herencia. No abandonará el Señor a su pueblo por la grandeza de su nombre, pues el Señor empezó a hacernos su pueblo».

Después de entonar todos el himno, marchó cada uno a su casa dando gloria a Dios, de quien es la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDA PARTE

Descenso de Cristo a los infiernos

(Redacción griega A)

Simeón y sus hijos, resucitados

17(1) 1. José dijo: «¿Y por qué os admiráis de que Jesús haya resucitado? No es eso lo admirable. Lo que es digno de admiración es que no ha resucitado solo, sino que también ha restituido la vida a otros muchos difuntos, los cuales se han aparecido a muchos en Jerusalén. Y si no conocéis a los demás, al menos, conocéis a Simeón, el que tomó en sus brazos a Jesús, y a sus dos hijos, a quienes también ha resucitado. Pues nosotros los enterramos hace poco, pero ahora se pueden ver sus sepulcros abiertos y vacíos. Ellos están vivos y residen en Arimatea». Enviaron, pues, a unos hombres, que encontraron sus sepulturas abiertas y vacías. Dice José: «Vayamos a

Arimatea y veamos si los encontramos».

2. Entonces se levantaron los príncipes de los sacerdotes, Anás y Caifás, José, Nicodemo, Gamaliel y otros con ellos. Marcharon a Arimatea y encontraron a aquellos de los que hablaba José. Hicieron oración y se saludaron mutuamente. Después fueron con ellos a Jerusalén y los presentaron en la sinagoga. Aseguraron las puertas y pusieron en medio el Antiguo Testamento de los judíos, y les dijeron los sumos sacerdotes: «Queremos que juréis por el Dios de Israel y por Adonay, para que digáis así la verdad, cómo habéis resucitado y quién es el que os ha levantado de entre los muertos».

3. Al oír esto los hombres resucitados, hicieron sobre sus rostros la señal de la cruz y dijeron a los sumos sacerdotes: «Dadnos papel, tinta y pluma». Les llevaron estas cosas. Ellos se sentaron y escribieron lo siguiente:

Isaías y Juan Bautista, en el abismo de los justos

18(2) 1. Señor Jesucristo, resurrección y vida del mundo, danos gracia para que contemos tu resurrección y las maravillas que realizaste en el infierno. Estábamos nosotros en el infierno con todos los que habían muerto desde el principio del mundo. En la hora de la medianoche amaneció en aquellos oscuros lugares como la luz brillante del sol, con la que fuimos todos iluminados de modo que pudimos vernos unos a otros. Aquella luz procedía de un gran resplandor. El profeta Isaías, que estaba allí, dijo: «Esta luz proviene del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, sobre la que profeticé estando vivo, diciendo: “Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, el pueblo que yacía en las tinieblas vio una gran luz”» (Is 9, 1).

2. Salió después al centro otro, que era asceta del desierto, y le preguntaron los patriarcas: «¿Quién eres tú?». Él respondió: «Yo soy Juan, el último de los profetas, que enderecé los caminos del Hijo de Dios y prediqué al pueblo la penitencia para el perdón de los pecados. El Hijo de Dios vino a mí, y cuando lo vi de lejos, dije al pueblo: “Este es el cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo”. Con mi propia mano lo bauticé en el río Jordán. Y vi como una paloma y al Espíritu Santo que descendía sobre él. Escuché también la voz de Dios Padre que decía así: “Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido[527]”. Por eso me envió también a vosotros para que os anunciara que llegaba hasta aquí el Hijo unigénito de Dios, para que todo el que crea en él se salve, y el que no crea en él se condene. Por eso, os digo a todos vosotros que tan pronto como lo veáis, lo adoréis, porque esta es la única ocasión que tenéis de hacer penitencia por haber adorado a los ídolos en el mundo vano de allá arriba y por los pecados que cometisteis. No será posible hacer esto en otra ocasión».

Testimonios de Adán y de Set

19(3) 1. Cuando Juan informaba así a los que estaban en el infierno, oyéndolo también el primer creado y primer padre Adán, dijo a su hijo Set: «Hijo mío, quiero que digas a los progenitores del género humano y a los profetas adónde te envié cuando enfermé para morir». Set dijo: «Profetas y patriarcas, escuchadme: Mi

padre Adán, el primer creado, habiendo caído en trance de muerte, me envió a hacer oración a Dios cerca de la puerta del paraíso, para que me condujera por medio de un ángel hasta el árbol de la misericordia, del que yo pudiera tomar aceite con que ungir a mi padre y hacer que se recuperara de su enfermedad. Y así lo hice.

2. »Después de la oración, vino el ángel del Señor y me dijo: "¿Qué pides, Set? ¿Pides el aceite que reanima a los enfermos o el árbol que destila tal aceite, con vistas a la enfermedad de tu padre? No es posible encontrarlo ahora. Por tanto, vete y di a tu padre que cuando se cumplan cinco mil quinientos años desde la creación del mundo, entonces bajará a la tierra el unigénito Hijo de Dios hecho hombre. Él será quien lo unja con tal aceite, y tu padre se levantará, y lo lavará con agua y con Espíritu Santo, a él y a sus descendientes. Entonces sanará de toda enfermedad, porque ahora ello es imposible"».

Cuando escucharon estas cosas, los patriarcas y los profetas se alegraron grandemente.

Diatriba entre Satanás y el Abismo

20(4) 1. Mientras todos se encontraban sumidos en tan gran alegría, vino Satán, el heredero de las tinieblas, y dijo al Abismo: «Devorador e insaciable, escucha mis palabras. De la raza de los judíos hay un cierto personaje de nombre Jesús, que se denomina a sí mismo Hijo de Dios. Pero siendo como era hombre, los judíos lo crucificaron con nuestra colaboración. Y como ahora ha muerto, prepárate para que lo encerremos aquí con seguridad. Yo sé que es un hombre, y le oí decir: "Mi alma está triste hasta la muerte[528]". Me ha hecho también muchos males en el mundo de allá arriba mientras convivía con los mortales. Cuando se encontraba con mis siervos, los perseguía; y a todos los hombres que yo dejaba mutilados, ciegos, cojos, leprosos y cosas parecidas, los curaba solo con su palabra; y a muchos a quienes yo preparaba para la sepultura, incluso a esos les devolvía la vida solo con su palabra».

2. Dijo el Abismo: «¿Es que es tan fuerte como para hacer estas cosas con sola su palabra? ¿Y tú puedes acaso enfrentarte a él, siendo como es? Porque me parece que a uno como este nadie puede hacerle frente. Pero si dices que oíste cómo tenía miedo de la muerte, esto debió de decirlo en son de burla y riéndose de ti, pretendiendo dominarte con mano poderosa. ¡Ay! ¡Ay de ti por todos los siglos!». Dijo Satán: «Devorador e insaciable Abismo, ¿tanto temor tienes al oír hablar de nuestro común enemigo? Yo no le tuve ningún miedo, sino que animé a los judíos, que lo crucificaron y le dieron a beber hiel y vinagre. Prepárate, pues, para que cuando llegue lo sujetes con fuerza».

3. Respondió el Abismo: «Heredero de las tinieblas, hijo de la perdición, calumniador, me acabas de decir que a muchos que tú tenías ya preparados para la sepultura, él les devolvió la vida solo con la palabra. Si ha librado a otros de la sepultura, ¿cómo y con qué poder podrá ser dominado por vosotros? Hace poco tiempo yo devoré a un difunto, de nombre Lázaro; y poco tiempo después uno de los vivos lo arrancó a la fuerza de mis entrañas solo con su palabra. Creo que se trata de ese de quien hablas. Si lo acogemos aquí, tengo miedo de que peligremos también en el caso de los demás. Pues a todos los que devoré desde el principio del mundo, he aquí que los percibo agitados, y sufro dolores

en mi vientre. No me parece una buena señal el caso de Lázaro, el que me ha sido arrebatado recientemente. Pues voló de mí no como un muerto, sino como un águila; tan rápidamente lo arrojó fuera la tierra. Por eso te conjuro por tus gracias y por las mías que no lo traigas aquí. Pues tengo la impresión de que se presenta aquí porque todos los muertos han pecado. Esto te lo digo, por las tinieblas que tenemos, si lo llegas a traer aquí, no me quedará ninguno de los muertos».

21(5) 1. Mientras Satanás y el Abismo se decían uno a otro tales cosas, se produjo una gran voz como de un trueno que decía: «Levantad, príncipes, vuestras puertas; levantaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria». Al oír esto el Abismo, dijo a Satanás: «Sal, si eres capaz, y enfréntate a él». Salió, pues, fuera Satanás. Después dijo el Abismo a sus demonios: «Asegurad bien y fuertemente las puertas de bronce y los cerrojos de hierro; sujetad mis cerraduras y vigiladlo todo a pie firme, pues si entra aquí, se apoderará, ¡ay!, de nosotros».

2. Cuando oyeron estas cosas los progenitores, comenzaron todos a mofarse de él, diciendo: «Devorador e insaciable, abre para que entre el rey de la gloria». Dijo el profeta David: «¿No sabes, ciego, que cuando yo vivía, profeticé este anuncio?: “Levantad, príncipes, vuestras puertas[529]”». Isaías añadió: «Yo, previendo esto por la gracia del Espíritu Santo, escribí: “Resucitarán los muertos, se levantarán los que están en los sepulcros y se regocijarán los que están en la tierra”. Y también: “¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, Abismo, tu victoria?”[530]».

3. Vino de nuevo una voz que decía: «Levantad las puertas». Cuando el Abismo oyó esta voz por segunda vez, dijo como si realmente nada supiera: «¿Quién es este rey de la gloria?». Contestaron los ángeles del Señor: «El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la guerra[531]». Enseguida, al sentirse esta palabra, las puertas de bronce se quebraron y los cerrojos de hierro se rompieron. Todos los muertos amarrados quedaron libres de sus ataduras, y nosotros con ellos. Entró el rey de la gloria como un hombre, y todos los rincones del abismo fueron iluminados.

Derrota del Abismo y de Satanás

22(6) 1. Enseguida gritó el Abismo: «Hemos sido vencidos, ¡ay de nosotros! Pero ¿quién eres tú que tienes tanto poder y fuerza? ¿Quién eres tú que vienes aquí libre de pecado? ¿El que aparece como pequeño y puede hacer grandes cosas, el humilde y el elevado, el criado y el amo, el soldado y el rey, el que domina sobre muertos y vivos? Fuiste clavado en la cruz y depositado en el sepulcro; ahora has quedado libre y has destruido toda nuestra fuerza. ¿Eres tú acaso Jesús, del que nos decía el jefe de los sátrapas Satanás que por la cruz y la muerte ibas a heredar el mundo entero?».

2. Entonces el rey de la gloria tomó por la coronilla al jefe de los sátrapas Satanás y se lo entregó a los ángeles, diciendo: «Sujetad con cadenas de hierro sus manos, sus pies, su cuello y su boca». Después, entregándolo al Abismo, dijo: «Tómalo y sujétalo con seguridad hasta mi segunda venida».

23(7) El Abismo tomó a Satanás y le dijo: «Beelzebul, heredero del fuego y del castigo, enemigo de los santos, ¿por qué necesidad tramaste el que fuera crucificado el rey de la gloria para que viniera aquí y nos despojara? Vuélvete y mira cómo no ha quedado en mí ningún muerto, sino que todo lo que conseguiste por medio del árbol de la ciencia lo has perdido por la cruz; toda tu alegría se ha convertido en tristeza; y al querer dar muerte al rey de la gloria, te has dado muerte a ti mismo. Pues ya que te he recibido con la intención de sujetarte con toda seguridad, vas a aprender por propia experiencia cuántos males te voy a causar. ¡Oh jefe de los diablos, principio de la muerte, origen del pecado, culminación del mal! ¿Qué mal has encontrado en Jesús para tramar su perdición? ¿Cómo te has atrevido a hacer un mal tan grande? ¿Cómo te has preocupado de hacer bajar a estas tinieblas a un hombre tal, por quien te has visto privado de todos los que han muerto desde el principio del mundo?».

Los santos resucitan y entran en el Paraíso

24(8) 1. Mientras así dialogaba el Abismo con Satanás, extendió su mano derecha el rey de la gloria, tomó y levantó al primer padre Adán. Luego, volviéndose hacia los demás, dijo: «Venid conmigo todos los que habéis muerto por el madero que este tocó. Pues mirad cómo yo os resucito a todos por el madero de la cruz». A continuación sacó a todos fuera, y el primer padre Adán apareció lleno de gozo y decía: «Doy gracias a tu magnanimidad, Señor, porque me has sacado del abismo más profundo». Igualmente dijeron todos los profetas y los santos: «Te damos gracias, Cristo, Salvador del mundo, porque has sacado nuestra vida de la corrupción».

2. Dichas estas cosas, bendijo el Salvador a Adán haciéndole la señal de la cruz en la frente. Hizo también lo mismo con los patriarcas, los profetas, los mártires y todos los antepasados. Los tomó y dio un salto desde el abismo. Mientras él caminaba, cantaban los santos padres tras él y diciendo: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Aleluya. A él sea la gloria de parte de todos los santos».

25(9) Caminaba, pues, hacia el paraíso cuando tomó de la mano al primer padre Adán y se lo entregó junto con todos los justos al arcángel Miguel. Cuando entraban por la puerta del paraíso, les salieron al paso dos hombres ancianos, a quienes los santos padres preguntaron: «¿Quiénes sois vosotros, que no habéis visto la muerte ni habéis bajado al abismo, sino que habitáis en el paraíso en cuerpo y alma?». Uno de ellos les contestó diciendo: «Yo soy Henoc, el que por ser agradable a Dios, fui trasladado por él hasta aquí; y este es Elías, el Tesbita. Los dos vamos a seguir vivos hasta la consumación de los siglos; entonces seremos enviados de parte de Dios para oponernos al Anticristo, morir a sus manos, resucitar a los tres días y ser arrebatados en las nubes al encuentro del Señor».

Testimonio del Buen Ladrón

26(10) Mientras decían estas cosas, llegó otro hombre humilde, que portaba sobre sus hombros una cruz. Los santos padres le dijeron: «¿Quién eres tú, que tienes aspecto de ladrón, y qué significa esa cruz que llevas sobre tus

hombros?». Él respondió: «Yo, como vosotros decís, fui ladrón y bandido en el mundo. Por eso me apresaron los judíos y me condenaron a morir en cruz junto con nuestro Señor Jesucristo. Estando él colgado de la cruz, cuando vi los prodigios que sucedían, creí en él. Le rogué, pues, y le dije: “Señor, cuando reines, no te olvides de mí”. Enseguida me dijo: “En verdad, en verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso”. Llevando, pues, mi cruz, he venido al paraíso, he encontrado al arcángel Miguel y le he dicho: “Nuestro Señor Jesús, el crucificado, me ha enviado aquí; llévame, pues, a la puerta del Edén”. Cuando la espada de fuego vio la señal de la cruz, me abrió y entré. Después me dijo el arcángel: “Aguarda un poco, que viene también Adán, el primer padre del género humano, con los justos, para que entren ellos también dentro”. Y ahora, al veros, he venido a vuestro encuentro».

Al escuchar los santos estas cosas, gritaron a grandes voces, diciendo: «Grande es nuestro Señor, y grande es su poder».

Epílogo

27(11) Todas estas cosas las vimos y las escuchamos nosotros, los dos hermanos, quienes fuimos también enviados por el arcángel Miguel, y fuimos designados para predicar la resurrección del Señor, pero antes para marchar al Jordán y ser bautizados. Allá marchamos, en efecto, y fuimos bautizados con otros muertos resucitados. Después fuimos también a Jerusalén, donde celebramos la Pascua de la resurrección. Ahora bien, como no podemos quedarnos allí, nos marchamos. Que el amor de Dios Padre, la gracia de nuestro Señor Jesucristo y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

Después de escribir estas cosas y de asegurar los libros, dieron la mitad a los príncipes de los sacerdotes y la otra mitad a José y a Nicodemo. Ellos desaparecieron inmediatamente para gloria de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Descenso de Cristo a los infiernos

(Redacción latina B)

Carino y Leucio redactan su historia y regresan al sepulcro

17(1) 1. Entonces los rabinos Addas, Finees y Egias, tres varones que habían venido de Galilea dando testimonio de que habían visto a Jesús asunto al cielo, se levantaron en medio de la multitud de los príncipes de los judíos y dijeron delante de los sacerdotes y los levitas reunidos en consejo: «Señores, cuando nosotros íbamos de Galilea al Jordán, salió a nuestro encuentro una gran multitud de hombres vestidos de blanco, que habían muerto en otro tiempo. Entre otros, vimos que estaban con ellos Carino y Leucio. Una vez que se acercaron a nosotros y nos besamos mutuamente, porque habían sido nuestros amigos queridos, les preguntamos: “Decidnos, amigos y hermanos nuestros, ¿qué significan esta alma y esta carne? ¿Quiénes son estos con quienes vais? ¿Cómo es que vivís en el cuerpo cuando hace tiempo que moristeis?”.

2. »Ellos respondieron diciendo: “Hemos resucitado desde los infiernos con Cristo,

pues él nos ha resucitado de entre los muertos. Debéis saber que desde ahora han quedado destruidas las puertas de la muerte y de las tinieblas. Las almas de los santos han sido sustraídas de allí y han subido al cielo en compañía de Cristo, el Señor. El mismo Señor nos ha ordenado que durante un cierto tiempo paseemos por las riberas del Jordán y por los montes; sin embargo, que no nos mostremos a todos ni hablemos con todos, sino con aquellos que a él le agraden. Y ahora no hubiéramos podido ni hablar ni mostrarnos a vosotros, si no nos lo hubiera permitido el Espíritu Santo".

3. Al oír estas palabras toda la multitud que estaba presente en el consejo, presa de terror y temblor, se preguntaba admirada si sería verdad lo que aquellos galileos testificaban. Entonces Caifás y Anás dijeron al consejo: «Pronto quedará claro por todo lo que estos antes y después han testificado. Si se descubre que es verdad que Carino y Leucio permanecen vivos en sus cuerpos, y si nosotros podemos contemplarlos con nuestros propios ojos, entonces es verdad todo lo que estos testifican. Cuando los encontremos, ellos nos lo confirmarán todo. Pero si no, sabed que todo es una mentira».

4. Entonces, iniciado enseguida el consejo, les pareció bien elegir a unos varones idóneos, temerosos de Dios, que conocieran cuándo aquellos habían muerto y dónde estaba la sepultura en la que habían sido enterrados, para que buscaran con diligencia y viesen si era todo como habían oído. Se presentaron allí quince varones, que habían sido testigos de su muerte, habían estado por su propio pie en el lugar donde habían sido sepultados y habían visto sus sepulturas. Fueron, pues, y hallaron que las sepulturas estaban abiertas, lo mismo que otras muchas, y que no había ni rastro de sus huesos o de sus cenizas. Regresaron a toda prisa y contaron lo que habían visto.

5. Entonces toda su sinagoga se turbó con una desmedida tristeza y unos a otros se dijeron: «¿Qué podemos hacer?». Anás y Caifás respondieron: «Preparemos y enviemos al sitio, donde hemos oído que están, a unos hombres distinguidos que les rueguen y les supliquen. Quizá se dignen venir hasta nosotros». Entonces les enviaron a Nicodemo, a José y a los tres rabinos galileos que los habían visto para que les rogaran que se dignaran venir hasta ellos. Marcharon, en efecto, y anduvieron por toda la región del Jordán y de los montes. Pero al no encontrarlos, se disponían a regresar.

6. Y he aquí que de pronto vieron aparecer una inmensa multitud de unos doce mil hombres que bajaban del monte Amalech y que habían resucitado con el Señor. Al reconocer allí mismo a muchísimos, no pudieron decirles ni palabra por el miedo y la visión del ángel. Se detuvieron de lejos mirando con atención y escuchando cómo avanzaban cantando salmos y diciendo: «El Señor ha resucitado de entre los muertos, como había dicho, regocijémonos y alegrémonos todos, porque reina eternamente». Entonces, llenos de admiración los que habían sido enviados, cayeron en tierra atemorizados. Y les recomendaron que buscaran a Carino y a Leucio en sus casas.

7. Ellos se levantaron y marcharon a sus casas, donde los encontraron dedicados a la oración. Entrando adonde estaban, cayeron en tierra saludándolos. Luego se levantaron y dijeron: «Amigos de Dios, toda la multitud de los judíos nos han enviado a vosotros, pues

han oído que habéis resucitado de entre los muertos. Os ruegan y suplican que vayáis hasta ellos para que todos conozcamos las maravillas de Dios, que han sucedido entre nosotros en nuestros tiempos». Ellos, levantándose por indicación divina, fueron hasta ellos y entraron en su sinagoga. Entonces la multitud de los judíos con los sacerdotes pusieron en sus manos los libros de la Ley y los conjuraron por el Dios Heloy y el Dios Adonay, por la Ley y los Profetas, diciendo: «Decidnos cómo habéis resucitado de entre los muertos y cómo son estas maravillas que han acontecido en nuestros tiempos como nunca hemos oído que hayan sucedido jamás. Pues hasta nuestros huesos todos quedaron estupefactos de terror, se secaron mientras la tierra se mueve bajo nuestros pies. Y es que unimos todos nuestros pechos para derramar sangre justa y santa».

8. Entonces Carino y Leucio les hicieron señas con las manos para que les dieran un rollo de papel y tinta. Lo hicieron así porque el Espíritu Santo no les permitió que hablaran con ellos. Después de darles a cada uno su papel, los separaron al uno del otro en diferentes habitaciones. Ellos, haciendo con sus dedos la señal de la cruz de Cristo, empezaron a escribir cada uno en su rollo. Cuando terminaron, exclamaron como a una sola voz desde sus respectivas habitaciones: «Amén». Pero levantándose, Carino dio su papel a Anás, y Leucio a Caifás. Después de saludarse mutuamente, salieron y regresaron a sus sepulcros.

9. Entonces Anás y Caifás, abriendo un rollo, empezaron a leerlo cada uno en secreto. Pero todo el pueblo lo tomó tan a mal, que todos empezaron a gritar: «Leednos estos escritos abiertamente, y cuando hayan sido leídos, nosotros los guardaremos, no sea que personas inmundas y falaces cambien por su obcecación la verdad de Dios en falsedad». Después Anás y Caifás, abatidos de temblor, entregaron el rollo a los rabinos Addas, Finees y Egias, que habían venido de Galilea anunciando que Jesús había sido asunto al cielo. Toda la multitud de los judíos les dio crédito para que leyeran esta escritura. Y en efecto, leyeron el papel con este contenido:

Contenido del relato de Carino y Leucio

18(2) 1. Yo soy Carino. Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, permite que cuente las maravillas que hiciste en los infiernos. Cuando estábamos en tinieblas y en sombra de muerte, retenidos en los infiernos, de pronto nos resplandeció una gran luz, y temblaron los infiernos y las puertas de la muerte. Se oyó la voz del Hijo del Altísimo Padre como la voz de un gran trueno; y clamando fuertemente, se expresó de esta manera: «Retirad, príncipes, vuestras puertas; levantad las puertas eternas, pues va a entrar Cristo el Señor, rey de la gloria».

2. Entonces llegó Satanás, caudillo de la muerte, huyendo despavorido, diciendo a sus ministros y a los infiernos: «Ministros míos e infiernos todos, acudid, cerrad vuestras puertas, echad las palancas de hierro, luchad con fuerza y resistid, no sea que teniendo nosotros las cadenas caigamos presos en ellas». Entonces todos sus impíos servidores quedaron conturbados y empezaron a cerrar con toda diligencia las puertas de la muerte y a trabar poco a poco los cerrojos y las palancas. Empuñaron con mano firme todas sus

armas y lanzaron gritos con voz siniestra y terrible.

Diatriba entre el Infierno y Satanás

19(3) 1. Entonces Satanás dijo al Infierno: «Prepárate para recibir a quien voy a enviarte». El Infierno respondió a Satanás: «Esta voz no ha sido sino el clamor del Hijo del Padre Altísimo, pues con ella se han estremecido la tierra y todos los lugares del infierno. De donde deduzco que, como yo, todos mis lazos están ya abiertos de par en par. Pero yo te conjuro, Satanás, cabeza de todos los males, por tus poderes y por los míos, que no lo traigas a mí, no sea que mientras tratamos de atraparlo, seamos apresados por él. Pues si solo con su voz todo mi poder quedó destruido, ¿qué piensas que va a hacer cuando llegue su presencia?».

2. Satanás, el príncipe de la muerte, le respondió: «¿Por qué gritas? No temas, malvadísimo amigo antiguo, pues yo suscité contra él al pueblo judío, hice que fuera golpeado a bofetadas y conseguí que un discípulo suyo lo traicionara. Es, además, un hombre que tiene mucho miedo a la muerte, que dijo lleno de temor: “Triste está mi alma hasta la muerte”. Pues yo lo conduje a ella, y ahora está pendiente de lo alto de la cruz».

3. Entonces le dijo el Infierno: «Si es este el que solo con el imperio de su palabra hizo que Lázaro, muerto ya de cuatro días, volara desde mi seno como un águila, no es un hombre en humanidad, sino Dios en majestad. Te ruego, pues, que no me lo traigas a mí». Satanás replicó: «Prepárate, pues, y no tengas miedo. Como ya está pendiente de la cruz, no puedo hacer otra cosa». Entonces el Infierno respondió a Satanás de este modo: «Pues si no puedes hacer otra cosa, ya está cerca tu perdición. Yo, en fin, quedaré abatido y sin honor, pero tú estarás atormentado bajo mi dominio».

El relato de Set

20(4) 1. Los santos de Dios escuchaban la disputa que mantenían Satanás y el Infierno. Ellos, sin embargo, no se reconocían todavía el uno al otro; no obstante, empezaban a conocerse. Pero nuestro santo padre Adán respondió así por todo a Satanás: «Príncipe de la muerte, ¿por qué tienes miedo y estás temblando? He aquí que el Señor vendrá y destruirá todos tus proyectos. Tú serás apresado por él y encadenado por todos los siglos».

2. Entonces todos los santos, al oír la voz de nuestro padre Adán, que respondió por todo con entereza a Satanás, quedaron confortados en la alegría. Acudiendo todos al padre Adán, formaron allí mismo una piña con él. Nuestro padre Adán, mirando entonces con mayor atención a toda aquella multitud, se admiraba de que todos hubieran sido engendrados por él en el mundo. Y abrazando a cuantos estaban a su alrededor y derramando amarguísimas lágrimas, dijo a su hijo Set: «Cuenta, hijo mío Set, a los santos patriarcas y a los profetas lo que te dijo el guardián del paraíso, cuando te envié para que me trajeras del aceite mismo de la misericordia y ungieras mi cuerpo una vez que me sentí enfermo».

3. Set respondió: «Cuando me enviaste ante la puerta del paraíso, oré y supliqué al

Señor con lágrimas, y llamé al guardián del paraíso para que me diera de aquel aceite. Salió entonces el arcángel Miguel y me dijo: “Set, ¿qué es por lo que lloras? Has de saber que tu padre Adán no recibirá ahora de este aceite de misericordia, sino después de muchas generaciones del mundo. Pues vendrá desde los cielos al mundo el amantísimo Hijo de Dios y será bautizado por Juan en el río Jordán. Será entonces cuando tu padre Adán recibirá de este aceite de misericordia, lo mismo que todos los que crean en él. El reino de los que hayan creído en él permanecerá por los siglos”».

Testimonio de Isaías y Juan Bautista

21(5) 1. Entonces, cuando todos los santos oyeron estas cosas, volvieron a llenarse de gozo. Uno de los circunstantes, de nombre Isaías, clamando a grandes voces, dijo: «Padre Adán y todos los presentes, escuchad mis palabras. Cuando yo estaba en la tierra, bajo el magisterio del Espíritu Santo, canté proféticamente de esta luz, diciendo: “El pueblo que residía en las tinieblas vio una gran luz, y a los que habitaban en la región de las sombras de la muerte les amaneció una luz[532]”». Al sonido de esta voz, el padre Adán y todos se volvieron y preguntaban: «¿Quién eres tú? Porque lo que dices es verdad». Y él añadió: «Mi nombre es Isaías».

2. Entonces apareció junto a él otro con aspecto de ermitaño. Y le preguntaron, diciendo: «¿Quién eres tú, que llevas en el cuerpo tales señales?». Él respondió con seguridad: «Yo soy Juan el Bautista, voz y profeta del Altísimo. Yo caminé ante la faz del mismo Señor para cambiar los desiertos y los caminos escabrosos en vías llanas. Yo señalé con el dedo para los habitantes de Jerusalén al cordero del Señor y al Hijo de Dios y lo glorifiqué. Lo bauticé en el río Jordán. Yo oí la voz del Padre que sonaba desde el cielo y proclamaba: “Este es mi Hijo amado, en el que me he complacido. Yo recibí de él la información de que había de descender a los infiernos”».

Entonces, al oír estas palabras, el padre Adán clamó con gran voz y repitió: «¡Aleluya!», que quiere decir: «El Señor viene en todas las cosas».

David y Jeremías

22(6) 1. Después, otro de los que allí estaban presentes, sobresaliente por una cierta insignia imperial, de nombre David, proclamaba con solemnidad: «Cuando yo estaba en la tierra, revelaba al pueblo la misericordia de Dios y su visitación, vaticinando los gozos que habían de venir a lo largo de los siglos, diciendo: “Hablen de Dios sus misericordias y las maravillas que ha hecho a los hijos de los hombres, porque ha triturado las puertas de bronce y ha quebrado los cerrojos de hierro”» (Sal 107, 15-16). Entonces los santos patriarcas y profetas empezaron a reconocerse mutuamente y a hablar cada uno de sus profecías. Fue entonces cuando el santo profeta Jeremías se puso a contar sus profecías a los patriarcas y a los profetas, diciendo: «Cuando yo estaba en la tierra profeticé sobre el Hijo de Dios, el que se manifestó en la tierra y convivió con los hombres».

2. Entonces todos los santos, exultantes por la luz del Señor, la presencia del padre

Adán y la respuesta de todos los patriarcas y profetas, exclamaron diciendo: «¡Aleluya, bendito el que viene en el nombre del Señor!», de tal manera que al oír su exclamación, Satanás se llenó de pavor y buscó una puerta para huir. Pero no podía, porque el Infierno y sus satélites lo mantenían sujeto en el abismo y vigilado por todas partes. Y le decían: «¿Por qué estás temblando? Nosotros no te permitimos salir de aquí de ninguna manera. Recibe ahora estas cosas, que bien las mereces, de parte de aquel a quien continuamente atacabas. Porque si no, has de saber que quedarás encadenado por él bajo mi custodia».

El buen ladrón

23(7) 1. Nuevamente se oyó la voz del Hijo del Padre Altísimo como la voz de un gran trueno que decía: «Alzad, príncipes, vuestras puertas; elevaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria[533]». Entones Satanás y el Infierno gritaron, diciendo: «¿Quién es este rey de la gloria?». Les respondió la voz del Señor: «El Señor, fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla[534]».

2. Después de esta voz, vino un hombre, cuya apariencia era como la de un ladrón, llevando una cruz al hombro, que gritaba desde fuera, diciendo: «Abridme para que pueda entrar». Satanás entreabrió la puerta, lo introdujo en el interior del albergue y volvió a cerrar la puerta. Lo vieron todos los santos resplandeciente y enseguida le dijeron: «Tu apariencia es de ladrón. Explícanos qué es lo que llevas a tus espaldas». A lo que respondió humildemente, diciendo: «Verdaderamente fui un ladrón en todo; y los judíos me colgaron en la cruz en compañía de mi Señor Jesucristo, Hijo del Padre Altísimo. Al final, yo he venido adelantándome, pero él viene enseguida detrás de mí».

3. Entonces el santo David, inflamado en ira contra Satanás, clamó fuertemente: «Abre, inmundísimo, tus puertas para que entre el Rey de la gloria». De forma parecida se levantaban todos los santos de Dios contra Satanás, intentaban apoderarse de él y repartírselo. De nuevo se oyó un clamor desde dentro: «Alzad, príncipes, vuestras puertas; elevaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria[535]». De nuevo preguntaron el Infierno y Satanás a aquella perspicua voz, diciendo: «¿Quién es este rey de la gloria?». Y aquella voz admirable les contestó: «El Señor poderoso, él es el rey de la gloria[536]».

Entrada triunfal de Cristo

24(8) He aquí que de pronto el Infierno tembló, las puertas de la muerte y sus cerraduras se despedazaron, las palancas de hierro se quebraron y cayeron en tierra, y todo quedó al descubierto. Satanás quedó en el medio, confuso y abatido, sujeto con grilletes en los pies. Y he aquí que el Señor Jesucristo venía en la claridad de una excelsa luz, manso, grande y humilde, con una cadena en las manos, que ató al cuello de Satanás; le ató de nuevo las manos a la espalda y lo arrojó al tártaro bocarriba; y le puso su santo pie en la garganta, diciendo: «Hiciste muchos males a lo largo de todos los siglos; nunca descansaste; hoy te entrego al fuego perpetuo». Y llamando al punto al Infierno, le dijo en tono de mando: «Toma a este pésimo y malvadísimo, y mantenlo bajo tu custodia hasta el día en que yo te lo ordene». Lo tomó en efecto y se hundió con él bajo los pies del Señor a las profanidades del abismo.

Encuentro con los santos

25(9) 1. Entonces el Señor Jesucristo, Salvador de todos, piadoso y mansísimo, saludando otra vez a Adán, le decía: «La paz sea contigo, Adán, en compañía de tus hijos por los infinitos siglos de los siglos, amén». El padre Adán se arrojó a los pies del Señor, se levantó de nuevo, besó su mano y, derramando abundantes lágrimas, dijo: «Mirad, las manos que me modelaron dan testimonio a todos». Después, decía al Señor: «Llegaste, oh Rey de la gloria, para liberar a los hombres y agregarlos a tu reino perpetuo». Entonces, también nuestra madre Eva se arrojó igualmente a los pies del Señor, se volvió a levantar, besó sus manos y, derramando abundantes lágrimas, dijo: «Mirad, las manos que me formaron dan testimonio a todos».

2. Entonces todos los santos, adorándolo, exclamaron diciendo: «Bendito el que viene en el nombre del Señor; Dios, el Señor, nos ha iluminado. Así sea por todos los siglos. Aleluya por los siglos de los siglos: alabanza, honor, poder, gloria, porque llegaste de lo alto para visitarnos». Cantando continuamente el aleluya y regocijándose en común de la gloria, acudían bajo las manos del Señor. Entonces el Salvador, examinando todo con atención, mordió al Infierno; y tan rápidamente como arrojó una parte al tártaro, llevó la otra consigo a los cielos.

26(10) Entonces todos los santos de Dios suplicaron al Señor que dejase en los infiernos el signo victorioso de la santa cruz, para que sus malvados ministros no pudiesen retener a culpado alguno a quien el Señor hubiera absuelto. Y así se hizo. Puso, pues, el Señor su cruz en medio del infierno, que es signo de victoria y que permanecerá allí eternamente.

A continuación salimos de allí todos con el Señor, dejando a Satanás y al Infierno en el tártaro. Y a nosotros y a otros muchos se nos dio la orden de que resucitáramos con nuestro cuerpo para dar eternamente testimonio de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo y de los sucesos que tuvieron lugar en los infiernos.

Estas cosas, hermanos carísimos, son las que vimos y de las que damos testimonio, pues fuimos conjurados por vosotros. Lo atestigua aquel que por nosotros murió y resucitó. Porque, según está escrito, así sucedió en todos los detalles.

Epílogo

27(11) Cuando terminó y se completó la lectura, todos los oyentes cayeron sobre sus rostros llorando amargamente, golpeándose cruelmente los pechos, clamando y diciendo sin cesar: «¡Ay de nosotros! ¿Por qué nos ha sucedido esto a nosotros, desgraciados? Huye Pilato, huyen Anás y Caifás, huyen los sacerdotes y los levitas, y huye además el pueblo de los judíos llorando y diciendo: “¡Ay de nosotros, desgraciados! Hemos derramado en tierra sangre sagrada”».

En tres días y en tres noches no probaron de ninguna manera ni pan ni agua, y ninguno de ellos regresó a la sinagoga. Pero al tercer día, reunido nuevamente el consejo, se leyó enteramente la otra carta de Leucio, y no se encontró ni más ni menos, ni siquiera una

letra, de lo que contenía el escrito de Carino. Entonces se disgustó la sinagoga, y lloraron cuarenta días y cuarenta noches, esperando de Dios la muerte y la venganza divina. Pero aquel, compasivo, piadoso y altísimo, no los destruyó enseguida, concediéndoles generosamente espacio para la penitencia. Sin embargo, no fueron hallados dignos de convertirse al Señor.

Estos son los testimonios de Carino y de Leucio, hermanos carísimos, sobre Cristo, Hijo de Dios, y sus santas gestas en los infiernos. Démosle todos alabanza y gloria por los infinitos siglos de los siglos. Amén.